

El Secreto de la Lombricera

En la húmeda lombricera del Jardín infantil¹, llena de cáscaras de lechuga, tomates y zanahorias, habitaba Beatriz la lombriz. Con su cuerpo largo, rojo y lleno de anillos, Beatriz y todas las lombrices, día a día recibían el alimento que les depositaban.

De vez en cuando, las lombrices subían a la superficie esperando que las pequeñas manos de niños y niñas las acariciaran suavemente. Con aquella humedad perfecta, con las más deliciosas frutas y verduras, recibían visitas inesperadas de chanchitos, tijeretas, hormigas, que llegaban a disfrutar del gran banquete. Las lombrices generosas, no tenían dificultades para recibir a sus queridos visitantes.

Cuando llegaba el atardecer, en la lombricera reinaba el silencio. Las lombrices realizaban su difícil tarea de construcción. Arrastrándose sigilosamente, cavaban túneles, haciendo laberintos donde no podían llegar otros insectos. Beatriz, jamás salía de su lombricera, sin embargo, siempre tuvo curiosidad por descubrir qué había afuera. Cada día subía a la superficie, comía la materia orgánica para luego bajar y seguir cavando. Cada día cavaba más y más.

Una tarde cualquiera, volando rápidamente, Chincol se posó sobre la lombricera para informar que el viejo árbol requería ayuda. No era el mismo, sus ramas estaban decaídas y sus hojas se estaban volviendo mustias. Beatriz al escuchar a Chincol, decidió ayudar para resolver el problema del árbol. Sin embargo, no le contó a nadie y pidió a Chincol que guardara el secreto.

¹ Se sugiere mencionar el nombre del Jardín infantil, escuela o colegio respectivo para otorgar identidad al relato



Aquella, fue la primera noche que salía de la lombricera en una misión de ayuda. Para ello, tuvo que deslizarse rápidamente por los largos túneles subterráneos que había construido desde hace tanto tiempo. Así lo hizo durante varias noches. Recorría diferentes caminos y construía nuevos túneles hacia el gran árbol.

Chanchito de tierra, hormiga, y tijereta intentaban mirar por los orificios de madera de la lombricera, para descubrir que hacía Beatriz todas las noches. Morían de curiosidad por saber que sucedía. Sin embargo, Beatriz sigilosamente salía de la lombricera y regresaba.

Una noche, chanchito de tierra, hormiga y tijereta, vieron a Beatriz salir y decidieron seguirla. Tardaron horas en recorrer los diferentes laberintos. Al ir detrás de Beatriz, sentían su cuerpo húmedo. Todas las paredes de los túneles estaban impregnadas de aquella humedad desconocida para ellos. El olor a tierra húmeda les gustaba y lo mejor de todo, es que chanchito, hormiga y tijereta, no debían abrirse paso bajo tierra. Sólo debían adentrarse cada vez más y así descubrir el secreto.

Beatriz, seguía su camino vista al frente y sin mirar atrás, humedeciendo cada vez más los túneles. Hasta que por fin, entre gruesas y añosas raíces, Beatriz comienza a abrir un túnel hasta la superficie, muy lejos de la lombricera.

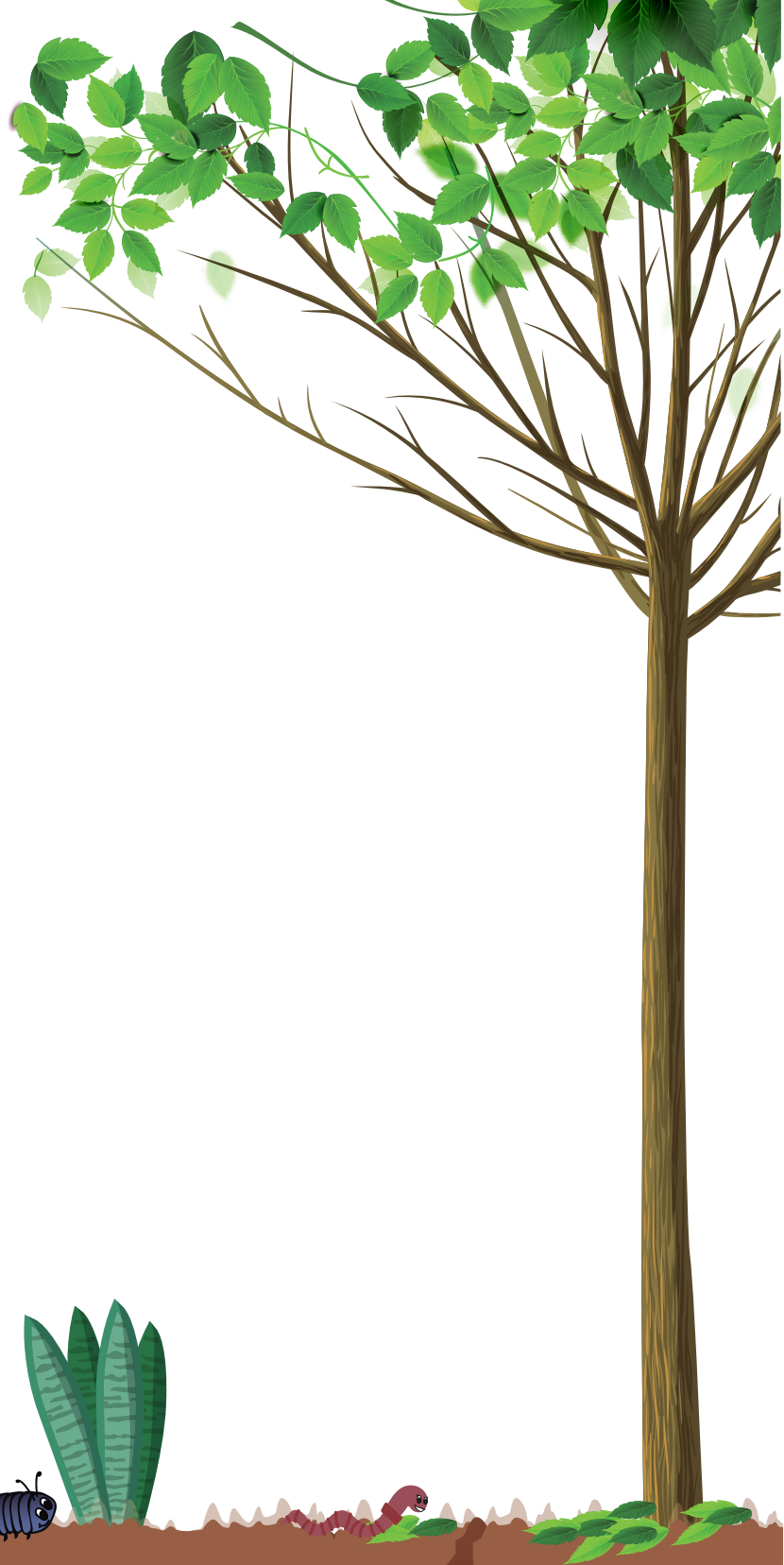
Apretujándose para salir a la superficie, chanchito de tierra, hormiga y tijereta, logran salir juntos por el angosto túnel construido por Beatriz. Escondidos tras una gran suculenta, observan con atención.



Allí, en la hojarasca que cubre las raíces del viejo árbol, Beatriz comienza a mascar hojas húmedas. Chanchito, hormiga y tijereta, atentos a la labor de su amiga lombriz, no comprenden nada de lo que sucede. Beatriz pasa largo rato en la hojarasca, sube a la superficie y luego se oculta bajo el suelo. Así comienza su viaje de regreso a la lombricera, arrastrándose por uno de los túneles.

Detrás de Beatriz y caminando sigilosamente, le siguen chanchito de tierra, hormiga y tijereta. Se percatan que la lombriz deja a su paso unos granitos parecidos al color de la tierra. No se habían percatado que esas bolitas oscuras eran nada más ni nada menos que... ¡caquita de lombriz! Esa caquita de lombriz permitía que los túneles tomaran un brillo especial.

Cuando Beatriz pasaba por ellos, los árboles, hierbas silvestres y arbustos, iluminaban sus raíces haciendo que brillara cada túnel, acariciando con sus raíces a todos quienes pasaban por ellos. Fue tanta la sorpresa de chanchito, hormiga y tijereta, que en silencio, la persiguieron durante muchas noches, sin que Beatriz se diera cuenta.



Cierto día, en uno de sus viajes al viejo árbol, Beatriz se encontraba bajo la hojarasca y sus amigos ocultos tras la suculenta, como siempre. Las hojas del viejo árbol comenzaron a moverse suavemente. Desde la copa del árbol, un hermoso nido de chincol decora la rama mas gruesa.

En ese momento chincol bajó para posarse en el suelo y cantó la canción más preciosa de su vida, el viejo árbol tenía sus hojas fuertes y sanas. En ese instante muchísimas hojas cayeron al suelo en agradecimiento a Beatriz, quien gracias a sus túneles húmedos y con sus gránulos, había permitido que las raíces del gran árbol por fin pudiesen respirar y hacer crecer nuevas hojas.

La hojarasca ese día se cubrió de brillos adornando también a Beatriz, chanchito, hormiga y tijereta. Sus amigos entendieron que el trabajo de Beatriz era mejorar el suelo para que los árboles y plantas pudiesen tener vida. Chanchito, tijereta y hormiga se acercaron a Beatriz y abrazaron a su amiga. Beatriz era una gran doctora.

